

PATRICIA McCARTHY

LA PALABRA DE DIOS
ES LA PALABRA DE LA PAZ

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

«En estos tiempos son menester amigos fuertes de Dios»*
Teresa de Jesús

* Reproducimos el texto tal y como aparece en castellano en la página v de la edición original de Liturgical Press. En el autógrafo de santa Teresa se lee: «En estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios», *Libro de la Vida*, capítulo 15, 5, en (Alberto Barrientos [dir.]) *Obras completas*, 3ª ed., Editorial de Espiritualidad, Madrid 1984, p. 90. [Nota de la traductora].

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
1. LA LLAMADA	
Dios seduce – El uso de la Escritura para reflexionar sobre la llamada a los profetas ...	15
2. LA RESPUESTA	
Los profetas se dejan seducir – Las respuestas de los profetas	45
3. LAS CONDICIONES ESENCIALES	
Cómo hay que vivir la paz y la justicia	95
4. LA RECOMPENSA	165

P R Ó L O G O

Este libro trata sobre la paz, pero no sobre la paz según la versión mediática en la que todo el mundo va a lo suyo, viste ropas caras y aparece rodeado de toda clase de posesiones materiales. Este libro trata sobre la paz: la paz de Cristo, en Cristo y con Cristo. Este libro trata sobre la paz, la paz fundada en la justicia, enraizada en la libertad, vivida en la caridad y anunciada a costa de nuestra vida.

El libro definitivo sobre la paz ya ha sido escrito, mediante la inspiración del Espíritu Santo. Quien tenga intención de leer un libro sobre la paz, que lea ese libro –la Sagrada Escritura–. En él Dios expresa con claridad y precisión el mensaje de la paz y la llamada a la paz. Sin embargo, el pueblo de Dios no sabe claramente qué es la paz ni es tan fiel a los deseos divinos de paz. Va haciendo su camino a través de la historia, usando la violencia y la injusticia cuando le conviene, a veces incluso con la pretensión de que ése es el plan de Dios.

El propósito de este libro es abrir y celebrar la palabra de la paz que Dios nos dio en las Escrituras antes del nacimiento de Cristo, y, después, en su propio Hijo. A pesar de que la llamada a vivir en paz es muy clara, no es fácil entenderla o aceptarla. La sociedad y la vida misma nos han programado para la violencia y, por lo tanto, no podemos ni siquiera imaginar o tomar en serio la realidad según la cual estamos llamados a vivir completamente en paz con todos los seres humanos. La Palabra de Dios puede penetrar en nuestra incredulidad, iluminar nuestra vi-

sión y fortalecer nuestra determinación de ser el pueblo de la paz que Dios desea ahora y que ha deseado siempre desde el principio de los tiempos.

Como la paz se vive en las circunstancias de la vida diaria, este libro pone de relieve a los profetas que trataron de ayudar a las gentes de su tiempo a encontrar la paz en los pequeños detalles de la vida. No lo he concebido como una obra sobre los profetas como tales, sino más bien como un libro que subraya la llamada a ser profetas que se dirige a todos y cada uno de los bautizados. «El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio sobre todo con la vida».¹ Esperamos que el compromiso con la paz profética aparezca en primer plano gracias a las enseñanzas de algunos de los profetas del Antiguo y el Nuevo Testamento y, como en todas las cosas, se vea iluminado por la vida y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, el Príncipe de la Paz.

El capítulo 1 de este libro nos invita a reflexionar sobre la llamada de Dios. La idea de la paz es de Dios, y Dios invita a otros a correr la voz. El capítulo 2 presenta la respuesta del pacifista, la decisión de estar con Dios en el trabajo por la paz. El capítulo 3 nos sitúa ante las decisiones a favor de la paz. ¿Cuándo exige la justicia, que es el fundamento de la paz, que digamos sí y cuándo nos pide que digamos no? El capítulo 4 trata sobre la recompensa que espera a quienes son fieles al plan de Dios. También los resultados de la paz necesitan una comprensión bíblica. Es posible que una vida de paz y justicia no corresponda a nuestras expectativas. Tenemos que sumergirnos, individual y comunitariamente, en los deseos de Dios, discernir los caminos de Dios para nuestro tiempo y nuestro lugar, y celebrar con otros el grito de Dios por la paz y la justicia para todos los seres humanos.

1. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática Lumen Gentium, sobre la Iglesia*, 21 de noviembre de 1964, número 12.

I

LA LLAMADA

El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro:

«Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot: llena está toda la tierra de su gloria» (Isaías 6,1-3).*

El entorno es importante. Por lo general los seres humanos recordamos tanto el lugar donde sucedió una experiencia insólita como la experiencia propiamente dicha. Quienes han sobrevivido a un desastre natural, como un huracán o un tornado, normalmente recuerdan con exactitud dónde se encontraban cuando tuvo lugar. Dos cónyuges recuerdan cuándo se encontraron por primera vez. Cuando más adelante se cuentan estos acontecimientos, los detalles de la supervivencia o del encuentro pasan a formar parte de la tradición personal.

Isaías está preparándonos para hacernos partícipes de su primer encuentro con Dios y por ello describe la visión que precedió a la presencia de Dios. De algún modo esta visión alimenta nuestras concepciones erróneas sobre los

* En nuestra traducción citamos el texto bíblico de la *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1998. [Nota de la traductora].

profetas. Suponemos que tienen que ocurrir realidades físicas extrañas para que entremos en la presencia de Dios. Lo más importante del relato de Isaías no es el hecho de que Dios esté acompañado por fenómenos insólitos, sino que Dios es santo y todos los seres del cielo y de la tierra lo adoran.

La santidad de Dios se hace visible en los serafines que rodean el trono de Dios. Pero tal santidad de Dios es igualmente visible en una casa, en una oficina o en un aeropuerto, para aquellos que aprenden a ver. La visión de Isaías fue el prelude para un encuentro con Dios y, por esa razón, un tesoro para Isaías y para Dios. Fue un anuncio de la santidad de Dios, un anuncio dirigido a todo el pueblo, no sólo a Isaías.

Al empezar a recorrer nuestro camino hacia la paz, Isaías nos enseña tres cosas: Dios es santo; Dios nos revela esta santidad a cada uno de nosotros de un modo único; nuestra responsabilidad consiste en transmitir a otros el rostro de Dios que vemos.

Nadie, ni siquiera Isaías, ve toda la imagen. A ningún ser humano se le puede revelar el rostro de Dios en su totalidad. Cada uno de nosotros recibe una visión. Por medio de ella, el Santo nos toca y nos invita a tocar al Dios Santo en los demás.

Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y el templo se llenó de humo.

Y dije: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvé Sebaot han visto mis ojos!». Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado».

Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré?, ¿y quién irá de parte nuestra?» (Isaías 6,4-8).

En el Sinaí, en tiempos de Moisés, Yahvé se apareció en forma de fuego en medio de una nube. Isaías experimenta a Dios de un modo parecido. El humo del templo reemplaza a la nube del Sinaí, y el fuego de Yahvé es la fuente de donde se toma la brasa con la que Isaías es purificado.

Dios está revelando una realidad importante a Isaías y a todo el pueblo, incluidos nosotros. Nuestra historia no empieza con nuestro nacimiento, y nuestra relación con Dios no empieza con nuestro primer encuentro con él. La historia de todo el pueblo de Dios es nuestra historia y parte de nuestra relación personal íntima con Dios.

La respuesta de Moisés a Yahvé y las revelaciones de Yahvé a Moisés son parte de la llamada que Dios hace a Isaías. Dios da a conocer a Isaías que la fe de sus antepasados está viva en él. La alianza del Sinaí continuará a través de Isaías si éste permite que Dios se sirva de él.

En el Éxodo hubo momentos en que Moisés y el pueblo elegido siguieron a Dios con alegría y con gran fe. Pero también hubo momentos en que murmuraron y se alejaron de su Dios. El pueblo pecó; los israelitas eran impuros, individual y comunitariamente. Isaías aclara las cosas cuando admite abiertamente que su afecto hacia Yahvé vacila lo mismo que el de quienes hicieron la travesía por el desierto.

Dios también aclara las cosas cuando envía a su ángel para que toque la lengua de Isaías con una brasa, que expresa dramáticamente la inocencia renovada. Dios quiere a Isaías, y no soporta la resistencia, ni siquiera que alegue que es indigno. Dios nos quiere porque nos quiere. Dios nos ama porque su naturaleza es amar. Dios se servirá de nosotros porque quiere servirse de nosotros –pero sólo si consentimos libremente.

La libertad es el gran signo de la presencia de Dios, más aún que el humo, el fuego y los ángeles. Dios no obliga a Isaías a ser su esclavo. Dios se arriesga a ser vulne-

rable y manifiesta a Isaías que tiene necesidad de su ayuda. «¿A quién enviaré?, ¿y quién irá de parte nuestra?» (Isaías 6,4-8).

El comienzo de una relación con Dios es la terrible realidad de que el Dios infinito, todopoderoso y omnipotente nos necesita. Una visión de un serafín con brasas no es nada si se compara con la realidad de Dios que nos desea.

Consolad, consolad a mi pueblo
–dice vuestro Dios–.
Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto
que ya ha cumplido su milicia,
ya ha satisfecho por su culpa,
pues ha recibido de mano de Yahvé
castigo doble por todos sus pecados.

Una voz clama:

«En el desierto abrid camino a Yahvé,
trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.
Que todo valle sea elevado,
y todo monte y cerro rebajado;
vuélvase lo escabroso llano,
y las breñas planicie». [...]

Súbete a un alto monte,
alegre mensajero para Sión;
clama con voz poderosa,
alegre mensajero para Jerusalén,
clama sin miedo.
Di a las ciudades de Judá:
«Ahí está vuestro Dios».
Ahí viene el Señor Yahvé
con poder,
y su brazo lo sojuzga todo.
Ved que su salario le acompaña,
y su paga le precede.
Como pastor pastorea su rebaño:
recoge en brazos los corderitos,
en el seno los lleva,
y trata con cuidado a las paridas (Isaías 40,1-4.9-11).